

tes misteriosas. Puedo asegurar que tiene sus consejeros en México.

Regresamos a Jojutla atravesando por espesas cerranías y unas cañadas abruptas, en cuyas cumbres distinguimos fortificaciones de los rebeldes, consistentes en enramadas y espesas cercas.

A las ocho de la noche entramos al pueblo, que bien se puede llamar la Moscú mexicana, arrasada por las batallas registradas entre rebeldes y federales. Hay muchos edificios en ruinas, consumidos por el fuego.

CAPITULO XXXI

TICUMAN.

Amador Salazar.

El 11 de agosto de 1911, mientras en la capital de la República se leían en las columnas de un periódico las líneas anteriores, en Ticumán tres periodistas eran sacrificados por el furor zapatista, despertado por aquellos agitadores sin conciencia, que lejos de preocuparse por el término de la lucha fratricida, excitando al patriotismo de los hombres que dirigen la cosa pública y de los sentimientos humanitarios de la sociedad para que oigan y atiendan a los humildes y necesitados, sólo se ocupan de exasperar más y más el ánimo de los rústicos labriegos de Morelos, que con el mote de zapatistas, se empeñan en una lucha feroz, terrible y sanguinaria, pero que responde (1) a un ideal de redención y de bienestar con la devolución de los ejidos.

Había circulado en el campamento del Jilguero, la conseja, no precisamente que los periodistas intentaban asesinar a Emiliano, sino de que varios oficiales maderistas, disfrazados de reporteros (fijémonos en este detalle para lo que viene después), se habían comprometido con Madero para llegar hasta donde estaba Zapata, y allí asesinarlo.

(1) Continúa hablando el guerrillero Rodrigo Valera.

Sabíase también que los supuestos sicarios del presidente Madero, se harían llegar hasta Emiliano, exhibiendo credenciales de varios periódicos de la capital.

Aquellos movimientos de hombres que subían y bajaban los cerros, aquel ir y venir constante de gente que semejaba una película cinematográfica, según la frase del corresponsal en servicio, no era otra cosa que los dispositivos de un combate que, por las noticias alarmantes recibidas en el campamento, tendría que ser formidable, pues se decía que a determinada hora, y cuando los hombres disfrazados de periodistas hubieran asesinado a Emiliano, numerosas fuerzas federales caerían sobre nuestro campamento, para aniquilarnos en los momentos en que reinara la desmoralización en nuestras filas, por la muerte de nuestro general.

Debido a estas noticias, una columna de quinientos hombres al mando del valiente guerrillero Amador Salazar, salió rumbo a Ticumán, con la orden expresa de caer sobre el tren de pasajeros el domingo que se aproximaba, pues era en ese tren, según lo que se sabía, donde venía una fuerte columna para Jojutla a unirse con las fuerzas que allí estaban de guarnición al mando de los coroneles Margáin y Migoni; se tenían noticias también de que en el mismo tren vendrían varios oficiales maderistas vestidos de paisanos, con credenciales de periodistas, que eran los que estaban comprometidos para llevar a cabo el asesinato de Zapata.

Emiliano es el ídolo de aquella gente, y cuando circulaban en el campamento tales versiones, el odio a los pelones y a Madero se agigantó notablemente en el corazón de nuestros indios, que juraron no dejar uno solo de los que pretendieran pasar para Jojutla.

* * *

El tren ordinario salió de Cuautla para Jojutla a su hora acostumbrada. En la estación estuvieron a despedir a

Humberto Straus, a Gonzalo Herrerías y al fotógrafo que los acompañaba, algunas conocidas personas de la Heróica.

Los periodistas viajaban en el único carro de segunda clase (no había primera), ocupado por otros pasajeros.

Les hacían compañía tres oficiales de los de la escolta, compuesta de ochenta hombres, que viajaban en los tres primeros carros.

Los periodistas y los oficiales, jóvenes animosos, conocidos de Straus desde hacía tiempo, discurrían alegremente, y con el humo de los cigarros turcos que Herrerías había obsequiado a sus camaradas, se iba el eco de sus alegres carcajadas, precursoras misteriosas de una horrible tragedia.

Enfrente de nuestros amigos, viajaban dos señoritas de la clase media, morenas, verdaderamente seductoras por su singular hermosura.

—Mira, hermano, qué tres piedras—dijo un teniente.

—Así me las ha recetado el médico—repuso algún otro.

Chanzas mesuradas, bromas de muchachos alegres, dichos callejeros con su tinte de corrección y de elegancia, era el objetivo de la conversación de aquel grupo, las cuales eran celebradas con entusiastas risas. A cual más quería quedar bien delante de las vecinas.

—¿Cómo me veré yo con tu gorra?—dijo Straus a uno de los tenientes,—quitándole la gorra militar y encasquetándosela él, en tanto que el teniente se colocaba el sombrero de Straus.

—Pareces la mera verdad—dijo Herrerías,—que contagiado por aquel deseo de llevar por un momento la cachucha militar, hizo la misma operación con el subteniente que venía al lado.

Y entre risas y bromas y uno que otro sorbo de cognac, con el que habían obsequiado a sus simpáticas vecinitas, ya amigas, sin sentir se pasaba el tiempo.

La enorme serpiente de acero, con su monótono chuchuc, y dejando a su paso en el espacio una larga ráfaga negra y densa del humo de su hornaza vomitado por la estrecha chimenea, rápidamente devoraba los kilómetros.

Y los "juanes" abnegados y valientes, en sus carros, siempre listos, con las bocas de los rifles hacia afuera, asomando la cabeza y observando en distintas direcciones.

Nada que pudiera presumir una hecatombe.

* * *

A lo largo de la vía, hay muchos tramos de espesos matorrales, a uno y otro lado, donde la exuberante naturaleza de los trópicos, ha prodigado la galanura de sus dones.

En medio del obscuro verdor de los ramales, se destacan millares de campánulas azules, que traviesas han ido encastrándose, enredando con sus guías a las mustias gardenias y a los blancos jazmines, que saturan el ambiente de perfumes embriagantes. Esas son las flores aromáticas de que nos habla el poeta, las flores aromáticas del jardín de los cantares.

—¡Viva Zapata!

—¡Muera Madero!

—¡Abajo el mal gobierno!

¡Mueran los extorsionadores del pueblo!

—¡Hora, pelones, hijos de la tostada!....

Y en medio de aquella gritería espantosa, surgida de improviso, como brotada del fondo del infierno, una balacera ensordecedora atronaba los espacios.

La máquina se detuvo, la confusión entre los pasajeros fué indescriptible; los hombres imprecaban, las mujeres y los niños lanzaban gritos de terror y de angustia; las balas que penetraban por las ventanillas, y por el techo de los coches, que los perforaban, hacían blanco en las gentes, que se desplomaban pesadamente chorreando sangre a borbotones.

Los juanes, los abnegados juanes, víctimas del deber

que se imponen al filiarse para sostener el capricho o la ambición de los magnates, se batían denodadamente.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles; a los pocos minutos, todos habían muerto uno tras otro, en medio de verdaderos actos heroicos, dignos de ser cantados en una epopeya de Homero o de Lucano.

El grupo de oficiales y periodistas al darse cuenta de lo que ocurría, salieron precipitadamente a la plataforma, los unos para dirigir a la tropa, alentando a sus soldados, y los otros, para procurar ponerse a salvo.

Nuestros "muchachos", que ya tenían segura la victoria, con el valor temerario de la raza, se habían aproximado hasta muy cerca de los carros.

Straus fué el primero en bajar, cuando la balacera había concluído. Al rodearle varios de nuestros hombres, iba a decir algo, cuando un culatazo le abrió una ancha herida en la frente, haciéndole astillas los lentes.

La chamarra de dril amarillento que llevaba el infortunado amigo Straus, se tiñó inmeditamente de rojo con la sangre que manaba por la herida.

Por otro lado, otro grupo de asaltantes enfurecidos maltrataban de igual modo a Herrerías y al fotógrafo, que ni siquiera se defendieron.

—Fusilen a esos pelones, ordenó el jefe.

—No somos pelones.

—No somos federales....

—¿Y se atreven ustedes a negarlo? Siquiera se quitaran las cachuchas para que no los conociéramos... Fusílenlos, repitió con voz de trueno Amador.

—No somos federales, no nos fusilen, somos gentes que no les hemos causado a ustedes ningún daño, dijo Straus exhibiendo su credencial de corresponsal de periódicos, haciendo igual cosa Herrerías.

—¡Aaaaaa!, conque ustedes son esos, ¿nooooo? Pues ahora con más ganas.

—Estos son los oficiales maderistas que manda Madero, con credenciales de periodistas, dijo alguno de los que fungían como jefes.

—Bueno, pues dénles por guacamayos....

Y una descarga cerrada segó la vida de aquellos luchadores de la pluma, jóvenes ardientes y entusiastas, llenos de aspiraciones y de esperanzas.

* * *

De dónde surgió la feroz Pepita Neri, la fatídica Ricarda Zentenas, lo ignoran los “muchachos”; pero ella estaba allí a la hora de la hecatombe.

Y estaba escondida con el único de los oficiales que había quedado con vida, a quien tenía casi dominado, y el que forcejeaba por desasirse de ella, para ir a matarse con los “muchachos” y morir como mueren los valientes.

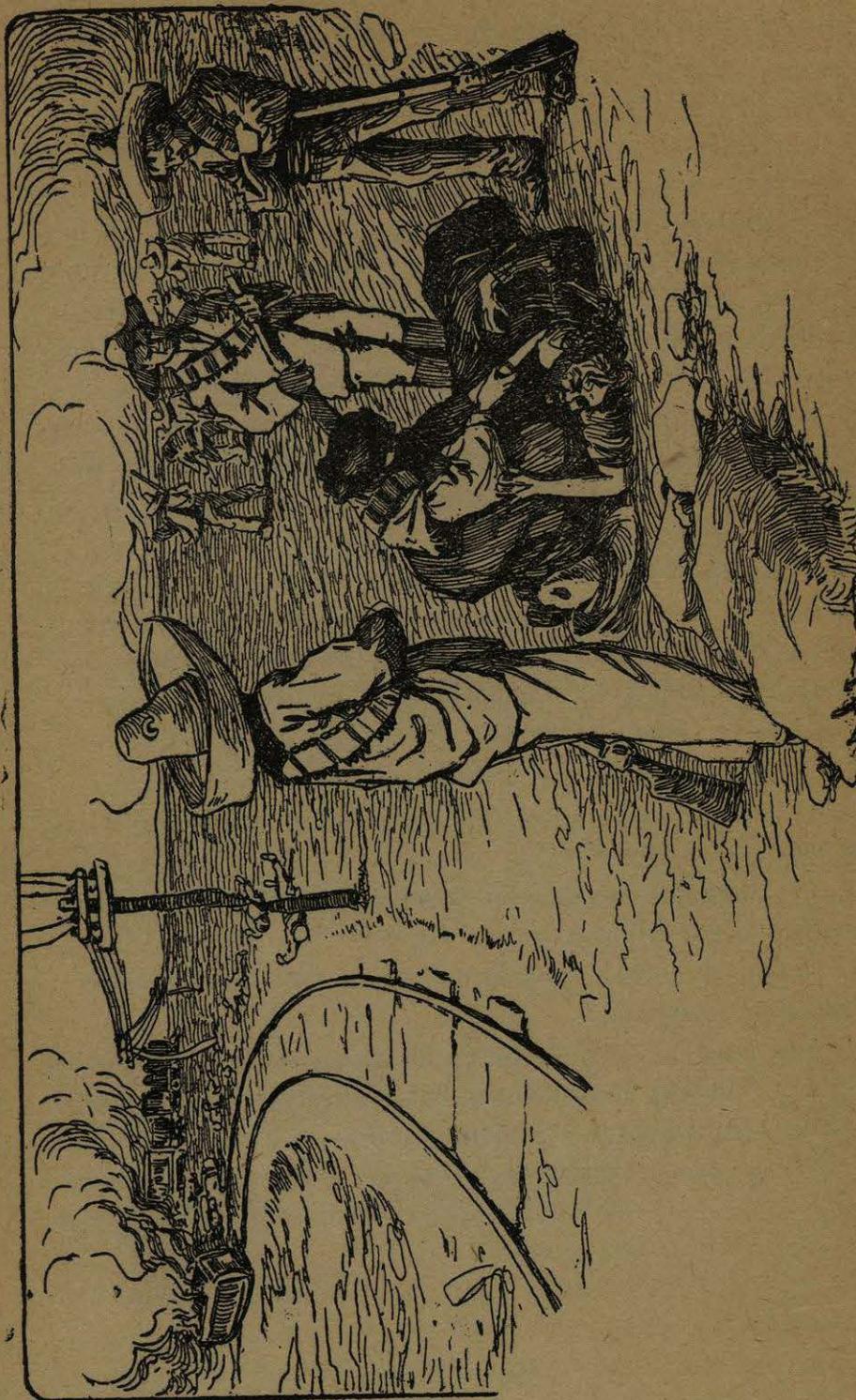
—Tú no te vas de aquí—decía la coronela, jadeante y lujuriosa—Tú no te vas...., mira qué guapo eres; yo necesito.... y te perdono la vida, te lo juro, nadie te hará nada...., dame gusto....

Y el teniente que luchaba entre los matorrales por soltarse de aquella bestia humana, acertó a ver pasar cerca las señoritas que viajaban frente a ellos en el carro, y que acompañadas de varios de nuestros “muchachos”, quienes las chuleaban groseramente, iban llorando. En un momento de suprema indignación, se deshizo de los brazos de la coronela Ricarda, Benita o Pepita, nombres con que ya la hemos conocido, y de un salto llegó hasta el lugar donde aquellas infelices lloraban sin consuelo.

Vació su pistola sobre el grupo, matando a dos “muchachos”.

Nuestros hombres pretendieron hacer fuego sobre el teniente, pero la coronela lo cubrió con su cuerpo.

—Por último,—dijo la lasciva Pepita—o me das gusto, o te fusilo.



Y después de desnudar a una de las señoritas, le revanó los pechos.....

Las señoritas, por su parte, al ver que el teniente había salido en su defensa, creyeron encontrar en él un salvador seguro y se le acercaron, muy juntitas, como queriéndose ocultar con su cuerpo, de las miradas de nuestros hombres.

—¡Ah! Con que esas tenemos, ¿venías acompañado? ¡Por eso no quieres lo que te digo!...

Y después de desnudar a una de las señoritas, la que más se había acercado al teniente, con ferocidad incomparable, unida a una sangre fría que pasmaba, le rebanó los pechos, de donde brotaron torrentes de sangre, quedando en pocos momentos exánime y expirando por la debilidad que le producía la pérdida abundantísima de sangre, en medio de crueles dolores. Los gritos desgarradores que daba aquella infeliz mujer y el espectáculo de horror, hicieron que su compañera se desmayara.

Nuestros "muchachos" se quedaron anonadados ante la ferocidad y la tranquilidad con que la Ricarda había cometido su crimen, quien ya iba a seguir su tarea de sangre con la otra señorita. Los "muchachos" se opusieron, llevándose la al jefe en estado letárgico.

El teniente, que ya había sido acribillado a tiros por nuestros hombres, mientras Pepita cometía su hazaña, yacía tendido boca arriba.

—¿Para qué lo mataron, muchachos?, preguntó la coronela con cierto despecho.

—Quería gozarme con la muerte de este "poco hombre" matándolo yo misma.

Los "muchachos" se fueron al avance sobre el cuerpo del teniente, como es de ordenanza entre nuestras filas, dejándolo en pocos momentos totalmente desnudo.

La coronela arrastró el cuerpo del infortunado teniente, hasta la fogata de los carros que se consumían por las llamas, y con un tono especial murmuró:

—Ya que no me diste gusto, me lo daré ahora mirando cómo te haces chicharrón.

Los más feroces y sanguinarios de nuestros hombres, contemplaban los actos de la coronela, nunca ahita de sangre

y de sensualismo, con una estupefacción absoluta.

Es imposible impedir que bajo la bandera de las revoluciones, dejen de ocultarse criminales tan feroces, tan inicuos, y tan concupiscentes, como la Ricarda Zentenas, de tan fatídica remembranza, y única responsable de los crímenes que se le achacan a Zapata.

Cuando Emiliano tuvo noticias de las hazañas de la coronela, mandó que donde se encontrara fuera ejecutada.

La Zentenas no volvió a aparecerse por nuestros campamentos.

¿Dejó los combates revolucionarios para siempre? Sabemos que se le encuentra en uno de tantos centros del vicio, de por las calles del Clavel, en la ciudad de México, y que con frecuencia se le ve discurrir a ciertas horas por las calles que limitan el edificio de Correos, ostentando el típico traje que llevan las "cocottes" degeneradas de la más baja esfera.



EMILIANO ZAPATA

CAPITULO XXXIII.

Idolo del proletario.

Emiliano Zapata, aquel a quien se le ha bautizado con el nombre del Atila del Sur; ese que a través de las informaciones reporteriles ha quedado circundado de una aureola de sangre y de tragedia; aquel de luengos e hirsutos mostachos, siempre erizos como espinas, porque siempre está encendido en cólera, ávido de sangre y de rapiña, con sus ojos desmesuradamente abiertos, inyectados de odio, centelleantes y feroces; ese a quien la fantasía del vulgo ha retratado con largas uñas encorvadas siempre tintas en sangre; ese cuyo nombre en todos los ámbitos del mundo repercute como símbolo del terror, es para unos la encarnación de un nuevo redentor y para otros una amenaza nacional, porque es muy posible que mientras Morelos no esté en paz, la nación entera estará en peligro de continuar agitada.

Está seguro el pueblo bajo de Morelos que si hoy el nombre de Emiliano Zapata evoca la monstruosa figura de Han de Islandia, aquel de la fábula del poeta francés, mañana las generaciones venideras evocarán su recuerdo con veneración y respeto, como el redentor incorruptible de las clases proletarias de México, porque es el único que ha querido librarlo de la esclavitud y el único que le ha prometido la libertad.

Creen que "los de arriba" están desequilibrados al imaginarse que Zapata es un bandolero y un sanguinario vulgar y un aventurero sin remordimientos, tan sólo porque no transije con los tiranos.

Para ellos no es un bandolero ávido de pillaje y de concupiscencias; es un indio que, con la rudeza de su raza, persigue un ideal absolutamente claro y perfectamente comprendido por ellos.

Es natural, dicen mis conterráneos, que la prensa plutocrática vaya en desacuerdo con el Plan de Ayala y diga y afirme que es un cinismo zapatista invocar el pretexto agrario, cuando en el fondo de esas decantadas reivindicaciones, sólo existe el deseo de despojar a los hacendados.

Y es lo cierto que Zapata, bajo el siniestro ropaje de concupiscencia, de bandolerismo y de crímenes espeluznantes que la fantasía por un lado, y por el otro sus hechos le han conficionado, es el ídolo del pueblo bajo, del indio a quien siempre se ha tratado como esclavo, y que él utiliza para enfrentarlo al antiguo señor.

Evidentemente que los indios están en un error en la mayor parte de sus apreciaciones; pero las medidas empleadas para reprimir el zapatismo en el Estado de Morelos, dan resultados muy contrarios a lo que se desea, porque sacando de los pueblos a los hombres no levantados en armas, suponiendo que éstos sean una mitad de todos los del pueblo que hay en Morelos, y admitiendo que la otra la constituyan los que están levantados, se conseguirá que esos hombres que hasta hoy no han salido de sus casas a tomar las armas contra el gobierno, prefieran irse con los suyos, con sus parientes o amigos, para no ser consignados al ejército, y van a engrosar las legiones de los hombres que están en los cerros. Estas medidas de exterminio hacen cundir más en el ánimo del pueblo bajo esas creencias profundamente arraigadas, porque esas remesas que llegan a la ciudad de los palacios, procedentes de Cuernavaca, no vienen formadas de hombres que han sido hechos prisioneros en combates; los verdaderamente levantados en armas, los que tienen un fusil con que defenderse, no se dejan aprehen-

der así, como quiera; primero se mueren en su puesto; esos hombres que traen en las remesas fabulosas que ascienden a miles, son los que, enemigos de la vida azarosa de la revuelta, no enemigos de la revolución, se dedican a cultivar sus huertas y sus siembras; esos pobres hombres, único sostén de numerosas familias, so pretexto de que son los que ayudan a los que están en los cerros levantados en armas, son los que vemos llegar en esas numerosas cuerdas.

Hay que volver la mirada a aquellas casuchas de zacate, mal abrigadas, donde cuatro o cinco tiernos niños, totalmente desnudos, rodeando a la madre que llora inconsolable, levantan sus manecitas inocentes gritando al padre, que se aleja en medio de la tropa que lo hace objeto de mil vejaciones: ¡Ven, padre, que mañana no tenemos que comer!

Y esos hombres que dejan a sus inocentes criaturas en la orfandad y en la miseria, no han cometido otro delito que ser pobres, no tienen más culpa que ser hijos del desolado Estado de Morelos.

¡Ah, injusta sociedad que vives en los ricos palacios, al abrigo de todas las miserias y de todos los ultrajes! ¿Qué haces del sentimiento humanitario? ¿Por qué no protestas, por humanitarismo, contra el aniquilamiento de un pueblo que sólo reclama tierra y justicia?

Pero, no; no se llegará a aniquilar al pueblo, porque donde uno es detenido para enviarlo al ejército, se levantan diez que van a engrosar las filas de los irreductibles.

* * *

¡Cuestión de pan!, dicen algunos. El hambre es la causa de esta revolución. ¿Y cómo aplicar este criterio a Morelos, uno de los Estados más ricos del territorio nacional?

Allí el jornal es más alto que en la generalidad de los demás, y caso curioso: cuando el gobierno ha ofrecido un peso diario y hasta dos y medio a los voluntarios, como un medio de aliviar miserias proletarias, el revolucionario prefiere seguir

en rebeldía hasta sin pagas ni haberes, con tal de no obedecer a nadie y de hacer su soberana voluntad.

El problema, pues, es de disciplina social, de cultura intensiva y extensiva, y, por de pronto, de sometimiento al deber fundamentado en el respeto al derecho ajeno.

Si la pasión humana no ofuscara el criterio de los hombres, no se extraviarían los procedimientos implantados para vencer en una contienda salvaje en que nada conduce al bien sino aceleradamente al mal.

En la lucha violenta, el federal a quien se caza en una celada como a la liebre en una trampa, es sacrificado, atormentado, escarnecido y tratado con una saña de un canibalismo bestial. Fusilarlo resultaría candoroso e inocente, porque se abreviarían sus penas. No; se le azota, se le descuartiza poco a poco y se le trata de manera que antes de morir sufra todas las torturas del infierno "para escarmiento de los demás".

¿Qué culpa tiene el pobre soldado de cumplir con su deber? Pues este es el crimen que paga con usura.

¿Pero serán ángeles los federales?

A su vez las represalias no se hacen esperar, arrasando pueblos y segando vidas de culpables e inocentes; y el incendio se propaga por que los odios los atizan, y no hay nadie que se consagre a amortiguarlos, recordando, a todos estos olvidadizos, el deber que tenemos de entendernos como gentes y de tratarnos como hermanos.

¿Qué haremos los sobrevivientes, cuando quedemos empobrecidos y aniquilados, brutalmente arrojados sobre las pavesas de la ruina general?

Ninguna de estas consideraciones puede abrigarse en los incultos cerebros del infeliz indio suriano y, sin embargo, él sigue fiel la bandera de zapata porque, como Madero, le ofrece tierras, y le promete un bienestar que cada día está más lejos de nosotros.

¡Pobre patria, sin verdaderos redentores!

¡Que el destino se apiade de nosotros!

FIN.

INDICE.

	PÁGINAS.
	3
Cap. Proemio	3
I.—El origen de Zapatismo.....	8
II.—Pablo Torres Burgos.....	12
III.—Villa de Ayala.....	15
IV.—En la barranca de la Cuera.....	20
V.—En plena rebelión armada.....	24
VI.—Tropelías de Tepepa en Talquitenango.....	25
VII.—Torres Burgos se separa de la revolución.....	27
VIII.—Una buena estratagema.....	31
IX.—Escandón más ligero que un gamo.....	34
X.—Las primeras víctimas.....	35
XI.—El primer asalto a Jojutla.....	38
XII.—Embriaguez de alcohol, de saqueos y de estupros.....	43
XIII.—Muerte de Pablo Torres Burgos.....	45
XIV.—Agua clara y fresca, buen cena y una noche tranquila.....	47
XV.—Algo cómico en medio de la tragedia de Jojutla.....	50
XVI.—La destrucción de Yautepec.....	56
XVII.—Lejos de las filas de Tepepa.....	59
XVIII.—Los albores del Zapatismo.....	63
XIX.—En busca de Zapata.....	68
XX.—¿Quién es Emiliano Zapata?.....	71
XXI.—La tragedia de Jonacatepec.....	93
XXII.—Noche de angustia.....	99
XXIII.—Celebración de la toma de C. Juárez.....	107
XXIV.—La destrucción de Cuautla.....	114
XXV.—La Coronela Pepita Neri.....	122
XXVI.—Un abrazo al «integérrimo»—Simulacro de licenciamientos.....	127
XXVII.—Una crucificación como la de Cristo.....	134
XXVIII.—Zapata a las puertas de México.....	138
XXIX.—Zapata frente a Madero.—Pacto de sangre.....	143
XXX.—La Cima.—Genovevo de la O.....	147
XXXI.—En pleno campo Zapatista.....	155
XXXII.—Ticumán.—Amador Zalazar.....	165
XXXIII.—Idolo del proletario.....	165